

un retrato colectivo de la clase media

GABRIEL CAREAGA

Cuando se carece de conciencia trágica, de razón histórica o de afirmación personal, el melodrama las suplente; es un sustituto, una imitación, una ilusión de ser.

Es el otoño en la ciudad de México. Muchísima gente toma el metro desde el centro: salen de Palacio Nacional, del Departamento Central o de Educación rumbo a sus hogares. Las casas y departamentos de estos hombres y mujeres, viejos o jóvenes, se encuentran en las colonias del Valle, Churubusco, Educación, o en las Unidades Kennedy o Independencia. Otros hombres y mujeres, después de una agotadora jornada, salen de los bancos, de las agencias de seguros, de las de autos o de los laboratorios de medicina norteamericanos, suben a sus carros comprados en abonos y se dirigen a beber una copa a algún lugar de la zona rosa. Ahí seguirán hablando de negocios y de sus próximos viajes, la guerra fría, el comunismo o sus utópicos sueños para hacer dinero. Algunos más se reunirán con sus amantes y se quejarán con ellas de que sus esposas no los entienden. Otros irán a ver la película recién estrenada en los cines de 70 milímetros, los más cansados se irán a sus casas a ver televisión en su nuevo aparato a colores, o a gritarle a su esposa y lamentarse de que sus hijos se han dejado crecer el pelo y uno de ellos quiere cambiar la carrera de administración de empresas por la de filósofo.

En Tlatelolco está la plaza de las tres culturas, el edificio de Relaciones Exteriores, un confortable cine y sobre todo una vasta zona de clase media de todos los niveles socioeconómicos posibles.

Por la mañana, en la Ciudad Universitaria y en el Politécnico, los hijos de la clase media disfrutan de

las instalaciones, jardines, albercas y laboratorios. No sólo los alumnos sin ideología política, sino también los que dicen tenerla, ocultan su inmadurez y su miedo a la represión, al mismo tiempo que son víctimas de la enajenación de la clase social a la que pertenecen. Si se quiere explicar y entender el escenario y el comportamiento social de este grupo se tendrá que hacer referencia a su origen.

El origen

Es ya algo común decir que nuestra clase media es un producto de la Revolución Mexicana. En la vida colonial y durante la época de la Reforma, este grupo, a causa de su posición económica, estaba marginado de la vida social. Durante la revolución de 1910 empieza a tener un peso importante en la vida social y también en la vida política. En sus principios, la revolución tuvo en Zapata y Villa a sus líderes populares, pero pronto fueron traicionados por los líderes de la naciente clase media.

Los políticos de la clase media que luego se convirtieron en burgueses, de Madero a Carranza pasando por Obregón y Calles hasta llegar a los últimos presidentes civiles, favorecieron, y lo siguen haciendo, a la clase media, pero es sobre todo en los gobiernos de Calles y Cárdenas cuando el desarrollo económico, que implica racionalización y distribución social de los bie-

nes económicos, aunque sea precario, hacen posible la creación de todo un sistema de organización que va a necesitar de ejecutivos, empleados, secretarías, administradores, técnicos, estudiantes, líderes, intelectuales, profesionistas en todos los niveles, toda una gama de hombres que van a recibir los beneficios de las medidas de nacionalización. ¡El petróleo es nuestro! A partir de este momento empieza una política de urbanización y construcción de edificios, bancos, hoteles, restaurantes y fraccionamientos. ¡Ven a la ciudad, oh joven provinciano, y crece con ella! El país necesita de hombres con empuje, que crean en la revolución, que crean en la frase “como México no hay dos”. Y a partir de la política económica que crea obras de infraestructura, la clase media se consolida creando y desarrollando una ideología conformista y reformista.

La clase media empieza a sentirse mimada por el régimen de Ávila Camacho que se declara católico. En esta etapa se institucionalizan las grandes burocracias y se abren nuevos bancos, nuevos centros de trabajo y nuevas colonias donde habrá de habitar este grupo en expansión.

La ideología de movilidad social de los hombres de clase media se reflejará en el deseo a toda costa de que sus hijos estudien en la Universidad y obtengan un título que será garantía de éxito y de poder social para avanzar en la estructura social. El régimen de Miguel Alemán vuelve más agresiva a la clase media, se exalta más que nunca el nacionalismo y los valores tradicionales, a pesar de que, en esta etapa, el régimen depende del exterior.

En la época alemanista la clase media empieza a tener necesidad de imágenes culturales y sociales para regular su “estilo de vida”. El país elegido es Norteamérica. La clase media pensará que la ropa y los bienes de consumo son mejores porque son de Estados Unidos. La clase media empieza a hacer viajes a Estados Unidos y a asombrarse y admirar la eficiencia, la limpieza, la riqueza de ese país, sin preguntarse jamás a qué se debe esa riqueza, por qué nosotros somos pobres y ellos ricos. La clase media desconoce la historia de ellos y de nosotros, de ahí sus fáciles e irresponsables generalizaciones entre Estados Unidos y México.

Los deseos de ser como el otro país, pensar siempre en función del consumo norteamericano, desear y frustrarse, los hace tener un profundo carácter autoritario. Sus relaciones serán de miedo e inseguridad, de sumisión y de abuso del poder, en una palabra de autoritarismo. El sociólogo Teodoro Adorno dice al respecto: “El autoritarismo, desde el punto de vista psicológico, es una tendencia general a colocarse en situaciones de dominación o sumisión frente a los otros como consecuencia de una básica inseguridad del yo.” Es decir, el sujeto autoritario “está dominado por el miedo de ser débil y por el sentimiento de culpa. El síntoma más importante de la derrota en la lucha por uno mismo es la conciencia culpable”. El autoritarismo de la clase media se refleja sobre todo en la educación y en el poder irracional que ejercen los padres sobre los hijos, como si éstos fueran objetos. El hombre autoritario enseña a los hijos la violencia y la simulación, el hijo debe ser desconfiado y “no confiar ni en su propia sombra”. El hijo, dicen los buenos padres, debe decidir entre ser un fregón o un fregado. Hay hombres que se someten y otros que mandan.

Adorno dice: “La sumisión o la autoridad, el deseo de un líder fuerte, la insubordinación del individuo al Estado”, lo mismo que el convencionalismo y el conformismo, es decir, la supeditación a los elementos externos de la realidad se debe, probablemente, a “la incapacidad de dar forma a una autoridad interna, esto es, la conciencia”. Según otra hipótesis, la sumisión autoritaria sería, por lo común, una manera de dar salida a los sentimientos ambivalentes hacia las figuras de autoridad: ocultos impulsos hostiles y rebeldes, reprimidos por el temor de llevar al sujeto a exagerar el respeto, la obediencia, la gratitud, etcétera. “Diríamos que el autoritario, inseguro y débil en su interior, necesita imperiosamente de la aprobación de los padres para poder orientarse en un mundo que siente amenazante, pero esta necesidad de dependencia genera en él hostilidad reprimida, la rabia impotente ante quien debe someterse. Para aliviar en algo su yo amenazado, idealiza las figuras investidas de autoridad y arremete contra los otros, los extraños y ajenos, para descargar, desplazando, su agresividad contenida. Esto da como resultado curiosas relaciones de agresividad y conformismo entre los miembros de la clase media. Los jóvenes autoritarios de la clase media aparecen frecuente-

mente como inconformes, como impacientes y tienden a participar epidérmicamente como grupos rebeldes frente a la cultura y la organización de la sociedad.

“En nuestra sociedad, la adolescencia es una etapa crítica en que se siente en peligro de perder el sentido interno de identidad, lo que obliga a recomponer los fragmentos de identificación utilizables, de acuerdo a las exigencias de una cultura que cambia rápidamente. El joven autoritario, más inseguro y débil, se agarra a los símbolos externos de su identidad con mayor fuerza que el no autoritario, aumentando su preocupación por el *status* y el prestigio social. El medio que usan los jóvenes para contrarrestar los efectos de la inseguridad social consiste en formar grupos con otros jóvenes de la misma edad, grupos que se encuentran en franca oposición con el mundo de los adultos. Otra vez el conflicto como búsqueda de límites y de imprescindible afirmación interior.”

El joven adolescente en busca de lo absoluto, de la visión romántica de un mundo perfecto, será víctima de prejuicios, simulaciones y mentiras. En la vida cotidiana el hombre autoritario enseña al hijo a usar siempre una máscara, a comportarse hipócritamente. Por otra parte, la mujer está siempre en una situación de inferioridad, imposibilitada de ejercer los más mínimos actos de libertad individual, todo el tiempo vigilada y controlada por una educación puritana y egoísta.

Resumiendo, puede decirse que el hombre autoritario vive en un perpetuo desgarramiento psicosocial. Por una parte, niega y desconfía de los demás, por la otra, en su estrechismo y cerrado mundo sentimental, tiene que confiar en los demás, en su familia sobre todo, además de tener la necesidad de salvarse como hombre. Aunque, como dice Bakunin, sólo hay tres soluciones para el hombre: el libertinaje del alma en la iglesia, el libertinaje del cuerpo en el lupanar o la revolución social. El hombre autoritario de la clase media intenta “salvarse” por los dos primeros caminos, acompañado claro, del valor más importante que el hombre de la clase media ha importado de Estados Unidos, el éxito. Éste es uno de los mitos que más inquietan a la clase media. El éxito como resultado del esfuerzo, del tesón, de la inteligencia individual, de la suerte, ya que para ellos el sistema social es algo ajeno. Para estos hombres de la clase media que creen poder hacerse a sí mismos, si tienen coraje y empuje, el éxito

depende del desarrollo de su personalidad, de una oportunidad y a veces de un golpe de suerte. Pero ¿qué significa el éxito para la clase media? El éxito significa casarse bien y tener hijos saludables, una esposa comprensiva, que se ha convertido en una madre posesiva y ligeramente histérica. Significa tener una amante joven y eróticamente libre. El éxito significa tener un gran carro y una casa propia en las nuevas colonias de la clase media, tener un buen trabajo que les permita ahorrar para hacer sus anuales vacaciones al Bajío, a Puerto Vallarta o ya de pérdida a Acapulco. Y significa, también, un viaje a Europa, una “segunda luna de miel” aunque se utilice el sistema “viaje ahora, pague después”, para regresar a presumir a los amigos, hablar de Londres, París y Roma, del milagro alemán y de otros veinte países que visitaron en veinte días, mostrar las miles de transparencias que sacaron con sus caras perdidas en todos los monumentos históricos de los lugares que visitaron. Y el éxito significa también estar en el deportivo y hacer reuniones y tener consumo conspicuo, en las mejores tiendas del D. F. Y también pasar los sábados en algún club nocturno o en algún cabaret de moda y sentirse sofisticado, educado y refinado. Y significa que la esposa tenga carro y que vaya dos veces a la semana a sus clases de estética y desarrollo de la personalidad. Pero todas estas ideas del éxito se convierten muchas veces sólo en aspiraciones y sueños inalcanzables. Como están ocupados con sus estrechísimos problemas caseros, no les interesa lo que pasa fuera de su pequeño grupo. Están atrapados dentro del sistema social, tienden a ver unas cuatro horas de televisión, y la TV, convertida ya en su única fuente de información política y social, está adecuadamente deformada, por lo que su cultura está generalmente basada en todos los prejuicios y todos los estereotipos de la política derechista que siempre está segura de su insolente ignorancia.

Un inventario de estos estereotipos en forma de *slogans* de la clase media sería el siguiente:

En Cuba hay una dictadura feroz. El cáncer es una enfermedad transmitida por las cucarachas. En Rusia los hombres son tratados como esclavos. Hoy, el mayor peligro no son los rusos, sino los chinos. Estados Unidos es el país más demócrata del mundo. Todos los espías están al servicio del Kremlin. Los judíos se quieren apoderar del mundo. Hay que

luchar contra los malditos comunistas y su ateísmo que nos quiere dejar sin religión. Lavando y limpiando a los pobres, quedarían bien. Los intelectuales son unos pedantes y aburridos que quieren componer el mundo. El hombre es un animal y sus instintos tienen que ser dominados bajo el temor de Dios. Yo voy al cine a divertirme, para sufrir me bastan y sobran mis problemas. Esos estudiantes escandalosos lo que necesitan son unos buenos cintarazos, yo los metería al cuartel a ver si ahí no se les quitaba lo revoltoso. Ay Chulita, no sé qué hacer con las criadas, están muy igualadas, quieren su televisión y no trabajan. Si a esos traidores rojos no les gusta el país, que se vayan. Mis hijos me tienen que obedecer, si no se portan bien los meto a la militarizada. Ya dije que no me gusta que se compren pantalones apretados, son de maricón, el hombre debe ser fuerte, feo y formal. Pero qué mundo, mira qué camisas, mira qué pantalones, qué pelos, ya no sabe uno si son hombres o mujeres. Yo desconfío de los que no les gustan nuestras tradiciones más populares como las carnitas, el mole y el mezcal. Cantinflas es nuestro máximo cómico, solamente los malinchistas prefieren a Chaplin o al payaso chillón de Jerry Lewis. La inversión extranjera es la única que puede salvar al país de la miseria.

Los *slogans* podrían seguir hasta el infinito y revelar los prejuicios producto de la ignorancia, de la falta de información, de la seguridad que dan los dogmas y de una visión simplista y maniquea del mundo, unido todo a una impaciencia porque sus ilusiones se han quedado en utopías. La clase media se sueña rica, conspicua, brillante; se sabe pobre, frustrada, mezquina. A los soñadores de la clase media les habría gustado ser ricos:

Habrían sabido vestirse, mirar, sonreír, como la gente rica. Habrían tenido el tacto y la discreción necesarios. Habrían olvidado su riqueza, habrían sabido no ostentarla. No se habrían vanagloriado de ella. La habrían respirado, sus placeres habrían sido intensos. Les habría gustado vivir intensamente. Su vida habría sido un arte de vivir.

Pero la realidad de la clase media es otra. Hoy la clase media tiene que aparentar, vivir de ilusiones. Esto únicamente le ofrece frustraciones profundas, los sueños sirven cuando hay posibilidades de realizarlos,

si no, son espantosos, se convierten en pesadillas. En lugar de sus soñadas casas con jardines y criados, la situación dentro de la estructura social los obliga a vivir en multifamiliares, en unidades monstruosas, aglomerados, sin ninguna intimidad real. En lugar de un carro último modelo, deben usar uno de hace cinco años. En lugar de buenas comidas consumen comida corriente y vulgar y paseos y fiestas triviales. Y en lugar de ir a Europa se tienen que conformar con Texas, y en lugar de ir a Puerto Vallarta tienen que aguantarse con las escasas vacaciones en Acapulco. De ahí que se sigan debatiendo entre una actitud de mala fe, es decir, todas sus acciones son producto de un destino inexorable que no pueden modificar. De ahí también esa mezcla de pesimismo y voluntarioso optimismo de que las cosas van a cambiar en términos sólo individuales, es decir, el nihilismo en la historia, en la sociedad y en el mundo y la duda eterna de las posibilidades del hombre como ser social. Para decirlo con una sola idea: la clase media vive el vacío social de un grupo que no ha sabido encontrar su ideología y sus sistemas de cohesión, ya que dentro de su seno se encuentran divididos, fragmentados, están sociológica y moralmente haciéndose polvo. Porque, repitiendo, en realidad la clase media no está organizada, no tiene partido, no tiene, políticamente hablando, participación efectiva en el poder como resultado de "la ideología agnóstica del individuo políticamente inactivo".

De esa forma el hombre de la clase media se ve arrastrado por situaciones sociales que no comprende. Por supuesto desea entender y ser un personaje importante dentro de la sociedad, pero, como lo ha explicado Mills, el hombre de la clase media es "el héroe en forma de víctima, la pequeña criatura que es manejada, pero que no maneja, que trabaja anónimamente en la oficina, en la burocracia o en la empresa de alguien importante, que nunca habla fuerte, que nunca replica, que nunca opina". De ahí su profundo miedo y su inseguridad. Desea hacer cosas, hacer la revolución o convertirse en burgués, pero su miedo lo paraliza.

Por ser su pasado tan breve como poco heroico, no es consciente de tener historia, no ha vivido ninguna edad de oro que pueda recordar en los momentos difíciles. Quizá porque no sabe a dónde va tiene una prisa frenética, quizá porque no sabe qué es lo que le asusta se siente paralizado por el temor.

BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, Teodoro. *La personalidad autoritaria*, Buenos Aires, Argentina. Ed. Proyección, 1965, 908 pp.
- GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo; STAVENHAGEN, Rodolfo y otros. *Ensayos sobre las clases sociales en México*, México, Ed. Nuestro Tiempo, 1968, 194 pp.
- GONZÁLEZ Cosío, Arturo. "Clases y Estratos Sociales", II tomo de *Cincuenta años de revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, 600 pp.
- MILLS, Wright. *Las clases medias en Norteamérica*, México, Editorial Aguilar, 1961, 459 pp.
- RIESMAN, David. *La muchedumbre solitaria*, Argentina, Ed. Sudamericana, 1963, 270 pp.